

IV. Análisis de procesos históricos

Cercanías al misterio: La historiografía antigua y un libro de Eutropio en el Colegio del Rosario

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN CROCE*
naufragius@yahoo.com

Artículo recibido 01/03/2007
Evaluación par externo 15/03/2007
Evaluación par interno 19/03/2007

Resumen

El presente artículo postula algunas reflexiones teóricas e historiográficas sobre los métodos y los procedimientos tanto narrativos como filosóficos leídos en los historiadores de la Antigüedad. También hace, este texto, una revisión historiográfica de las principales corrientes y los principales autores de la ciencia histórica occidental de los tres últimos siglos, proponiendo que acaso el ánimo de originalidad que impulsó a muchos de estos movimientos intelectuales —la filología germánica del siglo XVIII, la Ilustración, el romanticismo, el positivismo, la escuela de Annales, etc.— tuviera un acervo precursor, quizás inconsciente, en el trabajo de historiadores del mundo Antiguo, como en el caso de ese Eutropio al que aquí se traduce del latín.

Palabras clave: *procedimientos narrativos, procedimientos filosóficos, historiografía, ciencia histórica occidental, antigüedad.*

* El presente texto obra como uno de los resultados de su investigación con los libros latinos de la Biblioteca Antigua del Claustro, investigación que constituye el centro del proyecto *Librorum II* de la línea Análisis de procesos históricos inscrita en el CEPI.

Desafíos, Bogotá (Colombia), (16): 217-232, semestre I de 2007

Abstract

This article proposes some theoretical and historiographical thoughts about both narrative and philosophic methods and procedures read in the Ancient historians. A historiographical review of the main currents and authors of the west historic science in the last three centuries is also carried out, proposing that the intent of originality that inspired many of such intellectual movements –18th century Germanic Philology, Enlightenment, Romanticism, Positivism, School of Annales, etc.– could have had a precursor heritage, unconsciously possibly, in the works of the Ancient world historians, as is the case of Eutropius, translated here from Latin.

Key words: *narrative procedures, philosophical procedures, historiography, west historic science, ancient world.*

El conocimiento histórico se enfrenta con los testimonios de un misterio,¹ porque la historia misma, que es a un tiempo vivencia —es decir acontecimiento y realidad, especie objetiva del mundo— y además certidumbre y asimilación en el hombre de esa vivencia —es decir, discurso y representación—, no ocurre como una profecía de gracia plena, sino más bien como un tupido acertijo a cuyo centro no alcanzan a llegar del todo ni siquiera quienes con su destino son protagonistas de los hechos y de la vida que la historia pretende recordar. “El historiador es un adivino del pasado”, dijo alguna vez Goethe para salir bien librado de una enojosa polémica, y acaso no tuviera menos razón él que los más grandes filósofos de la historia, desde Luciano² hasta el maestro Huizinga.³ Porque por más aspiraciones científicas y mesiánicas que impulsen al saber histórico como una disciplina, es un hecho incontrastable, casi el tajo de un hacha, que nada de lo que ocurre volverá a ocurrir en su forma más profunda y verdadera, y que la comprensión de eso que ocurre es siempre un ejercicio vacilante que en el mejor de los casos se aproxima a la literatura.

Trasunto inevitable de la disolución del mundo, la vida del hombre, y su huella que es la historia, se van difuminando con su sola irrupción, que al pasar los siglos apenas se oye como el eco del eco del eco del eco, etcétera. La aspiración rankeana de “saber exactamente lo que en verdad pasó”,⁴ tan duramente refutada después por casi todas las mentes sensatas de Occidente —y aun por las insensatas: siempre el error logra colarse entre las huestes del éxito y la fascinación— sería una prueba brillante de que ni siquiera el propio Ranke⁵ logró entender los rasgos esenciales de su tiempo y de su biografía. Le pasó también a Sir Walter Raleigh, explorador y navegante del siglo XVI, erudito, científico, quien aprovechó su encierro por

¹ A propósito de esta idea ver el todavía insuperable libro del profesor Fritz Wagner, *Geschichtswissenschaft* (Kart Alber Friburg Verlag, Munchen, 1951).

² Luciano, *Πως δει ιστοριαν συγγραφειν*, Oscar classici greci e latini, Milano, Arnoldo Mondadori Editore, 2002.

³ Johan Huizinga, *Geschiede und Kultur*, Stuttgart, Alfred Kroner Verlag, 1954.

⁴ Fritz Wagner, *op. cit.*, pp. 191-230.

⁵ Sobre el “asunto Ranke” podrían consultarse: Fritz Wagner, *Ibid*, y Frederich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México D. F., Fondo de Cultura Económica de México, 1943.

causas políticas en la torre de Londres para avanzar en un proyecto que lo desvelaba desde sus días juveniles: escribir de una sola sentada, o de dos o tres, la historia entera de la humanidad. Cuentan⁶ que en su celda hizo Sir Walter un verdadero laboratorio de la erudición, leyendo todo lo que tenía que leerse para poder describir cómo se peinaban los asirios o cómo cantaban antes de la guerra los cartagineses. Así pasaba los días el buen hombre, clavado en los viejos legajos, hasta que una noche un ruido atroz que venía del piso de abajo le impidió por completo concentrarse en algunos detalles menores del derrumbamiento de la Torre de Babel. A la mañana siguiente del estruendo Raleigh hizo llamar a sus custodios, y entonces les preguntó muy aturdido por lo que había ocurrido la noche anterior en la cárcel de Su Majestad. Ellos, pasmados, se miraron sin saber qué contestar, y corrieron al sótano a preguntarle a los guardias de la crujía y del pozo, los cuales tampoco pudieron dar cuenta ni razón de la zambra que sólo unas horas antes había atormentado a *casi* todos los habitantes de la prisión. Fue así como Sir Walter Raleigh, uno de los seres más inteligentes de su tiempo (aunque hubiera descubierto la costa oriental de lo que hoy son los Estados Unidos de Norteamérica; pero nadie es perfecto), decidió abolir su proyecto historiográfico, señalando con muy buen juicio que si no podía saber qué había turbado su paz una noche cualquiera bajo sus pies, menos iba a poder descifrar con precisión la vida cotidiana de los pueblos de Mesopotamia.

La historia como conocimiento, se puede concluir, es una gran construcción poética,⁷ y sus méritos epistemológicos se circunscriben sobre todo al grado de verosimilitud y de lucidez, de rigor y de profundidad, que pueden llegar a enarbolar los innúmeros discursos

⁶ Sobre los detalles prodigiosos de esta anécdota puede consultarse, entre otros, el libro de Robert Lacey, *Sir Walter Raleigh*, Nueva York, Atheneum, 1973.

⁷ La voz *poética* se usa aquí en su acepción más exacta y profunda, que por supuesto nos remite a la etimología y a las noches de Atenas. Porque sólo así el hecho poético va más allá de la creación estética, y sus raíces se asientan en todo aquello que presume la intervención del hombre para gestar nuevas realidades, nuevas formas expresivas que lo definan como sujeto. Para esta cuestión filológica véase el magnífico *Dictionnaire Grec-française* de A. Bailly, Hachette, París, 1950; también el libro clásico del R.P. Felix Restrepo, *La llave del griego*, Freiburg, Herder, 1912.

históricos que en el mundo han sido, discursos cuya riqueza es prácticamente tan compleja como la historia misma y como el registro cultural, cualquiera sea, al que pertenecen. La historiografía tiene como fin la comprensión filosófica de todos aquellos procedimientos y premisas y métodos que alimentan a los múltiples discursos interpretativos de la historia, para otorgar entonces una comprensión más honda de los hechos, la cual no sólo exaltaría lo que se va suscitando en el mundo, sino también las distintas versiones que sobre ello se destejan desde la conciencia de las sociedades, acaso de las más dispares sociedades y en los más disímiles tiempos. Así, la historiografía, tribunal inequívoco de la teoría de la historia,⁸ analiza la forma en la que los hechos se insertan en la conciencia histórica, y no sólo en la voz universal de dicha conciencia, sino ante todo en una manera suya muy concreta que es la que usualmente, y desde hace siglos, se suele llamar La Historia: un saber que erigen los pueblos con su destino y con su memoria, para luego olvidarlo —valga la terrible paradoja—, o violarlo, o malbaratarlo, y para ponerlo en últimas en los libros y en las manos de esos seres, tan curiosos, que se suelen llamar los historiadores, cuya tradición profesional se quiere develar, aunque sea un poco, aquí.

Parecería, ciertamente, como si en los dos últimos siglos el conocimiento histórico —o la ciencia histórica: la denominación para el caso no es relevante— hubiera experimentado un avance desconocido traído de la mano de los debates filosóficos que estremecieron a las ciencias sociales, en el ámbito de la lengua alemana primero (desde Winkelman y Schlegel hasta Dilthey, Mommsen y Weber), y después en el de la lengua francesa, por el cual hablaron Voltaire y Montesquieu, sí, pero también Thiers y Michelet, y Taine, y Fustel de Coulanges, todos los cuales contribuyeron con su obra a decantar,

⁸ La referencia aquí a la “teoría de la historia” es una pura licencia técnica y profesional, de manera que se omite el viejo debate de si se puede hablar de una sola teoría o mejor de varias. En este artículo, de hecho, la expresión “teoría de la historia” alude a lo que dentro del estatuto epistemológico de la historia como disciplina siempre se ha llamado así, y que acá no defino para no incurrir en los también inagotables debates que se han dado al respecto. Ver, sin embargo, el libro de Erich Kalher, *The meaning of History*, New York, George Braziller, 1954.

en épocas muy diferentes por supuesto, la polémica académica⁹ en Francia sobre el sentido social de la enseñanza de la historia y sus métodos; de dicha polémica surgieron, valga decirlo, el proyecto de *La Synthèse historique* por el lado de los discípulos de Paul Lacombe,¹⁰ y por un surco mucho más profundo ese gran aparato intelectual que fue la escuela de *Annales*, sobre cuyo legado se paró la historiografía contemporánea del continente, bien para prolongar la obra de los maestros Bloch o Febvre o Braudel (como sería el caso de Le Goff, Heers e incluso el del propio Duby), o quizás para erigirla con saña en una suerte de rey de burlas ante cuya sombra bailan desatados, mientras el vino se desliza por las grietas de la tradición, figuras tan dispares como Ricoeur, Foucault, y hasta Claude Tresmontant.¹¹

A este panorama habría que añadirse los otros desarrollos metodológicos de las distintas fichas del mapa académico globalizado —ese sindicato, esa multinacional abigarrada que navega en medio de la confusión como aquella Torre de Babel que tanto atormentaba al bueno de Sir Walter Raleigh, ¡oh precursor!—, dentro de los cuales la escena no sería más tranquila: de Eric Hobsbawm a Norbert Elias, y de Isaiah Berlin a Isaac Asimov; de Geoffrey Parcker a Roger Trevor Davies, y de estos a Paul Hazard, o a Cipolla o a Cardini, o a Germán Arciniegas, o a Jaime Jaramillo Uribe, o a Henao y Arrubla, o a Benedetto Croce y su espalda mancillada, en fin. Sí: en fin, porque a esta lista podría sumársele un interminable etcétera de corrientes

⁹ Sobre este tema ver el excelente libro del profesor argentino Fernando Devoto, *Entre Taine y Braudel: itinerario de la historiografía contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1992. También el de Henri Berr, *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique*, París, Librairie Felix Alcan, 1933. Mención destacada merecerían los aportes de un autor colombiano, el maestro Germán Colmenares, quien además de haber dejado una obra histórica e investigativa de probadísimos méritos, también intervino con gran rigor en esta materia de la historiografía europea y el problema de las escuelas francesas; sus mejores trabajos a propósito fueron publicados por Intermedio Editores en 1997, bajo el acertado título *Ensayos sobre historiografía*.

¹⁰ Henri Berr, *op. cit.*

¹¹ Ver el libro de Geoffrey Barraclough, *Tendances actuelles de l'histoire*, Flammarion, 1980. También el que publicara la Universidad de Salamanca (*Problemas actuales de la historia*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993) como resultado de las Terceras jornadas de Estudios Históricos. En ellas participaron: José Ma. Sánchez Nistal, Máximo Montanari, Emiliano Fernández de Pinedo, Michel Dumoulin, entre otros.

y bifurcaciones, incluso de escuelas que pasan fácilmente de la epistemología a la ideología, y de ésta a un fanatismo casi religioso en el que los nombres de los métodos se confunden sin sonrojo con aromas lenitivas de la Nueva Era: el multiculturalismo, el orientalismo, la microhistoria, la historia social, los estudios críticos y sus críticos, la deconstrucción y la deconstrucción de la deconstrucción, la historia desde abajo, o desde arriba, o desde el lado (from behind, from beneath, from below, from above, from your back and your seat, and from your enemy's too). La historia, en últimas, de la que quien inició todo el problema, Hegel, había dicho que se acababa con él; y acaso no estuviera equivocado, el providencial filósofo.

Lo interesante del asunto, sin embargo, está en mostrar cómo, a pesar de los indudables avances que ha sufrido —y uso el verbo después de pensarlo mucho; pero es el que mejor exprime el sentido de la idea— la ciencia histórica desde mediados del siglo XVIII,¹² la tradición filosófica de la disciplina, que es tan antigua como su objeto de estudio mismo, permite regresar a la humildad y no reír soberbiamente, desdeñosamente, cuando consideramos que sólo lo último que se ha hecho *sí* es riguroso o profundo, mientras que la obra de quienes antecedieron a los mentores de la ciencia¹³ era pura especulación y un montaje ideologizante en el que no había estructuras ni desciframiento de las taras opresivas que la élite, con la cultura o con el capital, con el Estado o la guerra o el lenguaje, le imponía al individuo. Podríamos recapitular recordando dos cosas, casi dos perogrulladas: primero, como se dijo al empezar este texto, que todo discurso histórico, fundamento de la historia como disciplina, es una construcción en la que además de los métodos científicos y teóricos intervienen procedimientos filosóficos que en no

¹² Objeción: esta periodización, lo sé, omite ejercicios anteriores no menos memorables, dentro de los cuales cabrían perfectamente el de Pablo Jovio, el de Bossuet, el de Rollin, el de don Juan de Catellanos, etcétera. Sin embargo, ya verá el lector cómo este artículo aspira justamente a rescatar esos nombres del pasado, sin cuya labor nada de lo que vino después habría sido posible.

¹³ Otra nota temática: en esta idea se abre un debate distinto (de filosofía de la historia) que es el de la modernidad y sus mitos de toda índole —también los académicos e intelectuales— pero lo dejo al paso por razones de espacio y para no diluir el centro del presente texto.

pocos casos se acercan a la literatura y a la recreación poética, a la invención aun a pesar de los hechos positivos que se le escapan al historiador entre los dedos de las manos; condición ésta inevitable del saber histórico, que se ríe de quienes lo creen aferrado a los caprichos del mundo. Y segundo, que la historiografía nos permite identificar en el pasado de la profesión, en el pasado de la ciencia del pasado, un inagotable acervo de lecturas y de técnicas que en muchos casos ya presagiaban o anticipaban expresamente presuntos aportes epistemológicos que nacieron con los debates contemporáneos. Porque todo aquello que se inventa no es más que la réplica inconsciente, desde la caverna, de lo que ya alguien, mucho antes que nosotros, inventó también a la luz de su suerte. Por eso, además, los verdaderos maestros de la disciplina, con Braudel y Burckhardt¹⁴ a la cabeza, recomendaron siempre leer a los grandes del pasado: porque en la historia, como en la vida y como en la pintura, como en la literatura, el canon¹⁵ nos obliga a entender que lo bueno y lo bello, lo que vale la pena tenga la orientación que tenga, es usualmente una prolongación de las voces mejores de la tradición, en las que la lucidez obró a perpetuidad sembrando los vacíos con presagios. Quien se niega a ello sólo da fe de su ignorancia, y no encontrará la redención ni siquiera escudándose en los pliegues de un proyecto científico soberbio y recalcitrante, el cual haría enrojecer de vergüenza a las fuentes que lo inspiran. Porque no hay peor dogmatismo, ni más grotesco, que el del acólito; que entrados en gastos, ni Marx, sabio como el que más, habría sido marxista.

El presente artículo busca (ha buscado) describir algunos procedimientos metodológicos de los historiadores de la antigüedad —la periodización que acá circunscribe a tal categoría se inicia con la obra de Heródoto y termina con la de Procopio, aclarando sin embargo que en el caso de este último autor se cumple una doble condición puesto que su trabajo pertenece tanto al ámbito del mundo antiguo como al del bizantino—, para señalar en ellos, y en particular en los

¹⁴ Jacob Burckhardt, *Weltgeschichtliche Betrachtungen*, Frankfurt, Ullstein, 1960.

¹⁵ Aunque la idea suene parecida no hay en ella ninguna perspectiva bloomiana; o por lo menos no de manera programática ni deliberada: las polémicas del señor Bloom —con quien el autor de este artículo está en desacuerdo casi siempre— que las resuelva él solo.

del cronista romano Eutropio, pero también en los de Tácito o en los de Tito Livio, un acervo narrativo que a pesar de las limitaciones propias de la época y de la cultura, ya presagiaba¹⁶ buena parte de las preocupaciones y de la riqueza conceptual de los debates historiográficos que se suscitarían luego en Occidente, aun de aquellos más recientes y de mayor vocación transgresora o heterodoxa. Para ejemplificar mejor la exposición, se reproduce, como un valor adicional, la traducción directa que se ha hecho en el Archivo Histórico de la Universidad del Rosario de la edición parisina, de 1512, de Eutropio el romano.

La historiografía antigua asume sin complejos que la historia, como conocimiento de los hechos,¹⁷ es ante todo una narración cuyas ejecutorias no tendrían por qué alejarse radicalmente de los preceptos generales de la *poética*.¹⁸ Y habría que añadirse que esos preceptos, dentro de la cultura griega y después dentro de la romana,¹⁹ aspiraban a guiar la formación del discurso como puntal de la expresión del alma; así, también la historia, también este género literario, tenía una incontrastable vocación pedagógica y moralizante. Recrear la grandeza de los héroes, señalar para arrobo del auditorio las virtudes que los dioses transmitían a los hombres desastrados; tales parecían ser los fines de la ciencia histórica, que estaba allí para el servicio de la sociedad como una generosa mentora en cuyos arquetipos se educaban los espíritus bien nacidos. Esta circunstancia, sin embargo, planteaba algunos rasgos distintivos que ya desde

¹⁶ Parte de esta hipótesis fue expuesta, con otras palabras, en uno de los capítulos del primer libro fruto de esta investigación: Juan Esteban Constaín Croce, *Librorum*, Bogotá, Centro Editorial Rosarista, 2003.

¹⁷ La palabra griega *ιστορία*, *historia*, en efecto, significa justamente eso: exploración y pesquisa que lleva al conocimiento de determinada información, determinada *realidad*, que habrá de narrarse (*Dictionnaire Grec-français* de A. Bailly, París, Hachette, 1950). Sobre el tema pueden leerse los libros del mayor experto en la materia que fue el profesor italiano Arnaldo Momigliano (*Ensayos de historiografía antigua y moderna*, México D. F., Fondo de Cultura Económica de México, 1992; *De paganos, judíos y cristianos*, México D. F., Fondo de Cultura Económica de México, 1996) y también el brillante ensayo del profesor K.H. Waters, *Herodotus the historian*, London, Croom Helm, 1985.

¹⁸ Luciano, *op. cit.*; K. H. Waters, *op. cit.*

¹⁹ R. B. Bolgar, *Classical influences on European culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971.

Heródoto,²⁰ por no decir que desde Hecateo de Mileto,²¹ alejaban al historiador de la pura invención, o aun de la interpretación de la realidad tejida con los hilos de la poesía. No. La historia tenía que contar los hechos y con todas las licencias del caso, pero tenía que hacerlo mientras indagaba por las causas profundas que se daban en la vida, y en el orden de lo moral, como explicación de las acciones de los hombres. Quien escribía la historia tenía que exponer y compendiar y dosificar las señas del destino del pueblo (del pueblo griego, por supuesto; pero también el de los bárbaros), para luego levantar un discurso en el que además de la exaltación de los valores estaba una explicación muy amplia de su origen en el tiempo o en el mito. Combinación de la poesía, la crónica²² y la filosofía, la historia desplegaba en sus anaqueles, como un discípulo aplicado, la organización racional de todo aquello que la realidad, o su especie hecha tiempo, contenía.

En la historiografía antigua, entonces, se podrían aplicar a un tiempo dos recursos hermenéuticos: por un lado el de la *poética*, que alude a los rasgos y al espíritu del estilo y a su capacidad de conmoción en el auditorio (lo cual incluiría una crítica cuidadosa de la ejecución del autor, sus tópicos y sus tropos; su vocación de penetrar en el alma de los hombres y de las sociedades desde la belleza canónica); y por otro lado el de la teoría de la historia misma, que se remite a las consideraciones filosóficas que tiñen la obra del historiador (su visión del tiempo y del espacio; su apuesta moral por determinados valores; su intervención directa como cernidor jerarquizante de los hechos) y también a sus métodos y técnicas, a sus recursos procedimentales: el manejo de las fuentes, las categorías interpretativas, la utilización de otros saberes, etcétera. Y es así como mejor se llega a la obra de los historiadores de la antigüedad, porque su estilo se entiende como parte obligada del lugar que la historia tenía entre los oficios intelectuales de aquellos tiempos, y objetar

²⁰ K. H. Waters, *op. cit.*

²¹ Ver el libro de Arnold Toynbee, *Greek historical thought*, Nueva York, Mentor, 1953.

²² Lo que en la tradición romana se llamó *Rerum Gestarum*. Para una explicación muy interesante sobre tal denominación y su diferencia con la historia misma, ver en Aullus Gellius, *Noctes Atticarum*, Editio Bipontiana, 1673.

la elocuencia desde los nuestros sería sólo un gesto de ignorancia y de desconocimiento de la historicidad misma que subyace en cualquier discurso histórico y en sus motivaciones más profundas; pero también, con esta hermenéutica sugerida —que por supuesto no es nueva ni original, porque nada lo es bajo el sol: baste sino citar la obra ya exaltada del maestro Momigliano—²³ se podría hallar en los tratados de los *cronistas*²⁴ del mundo antiguo, un acervo de métodos que planteaban, aunque muchas veces de manera velada, pero ése sería un mérito adicional, problemas y paradigmas que en la historiografía contemporánea se consideran fruto de las más recientes discusiones. Porque sin caer en una lectura delirante ni anacrónica²⁵ en la que llamemos “estructuralista” a Tácito o “post-marxista” a Amiano Marcelino, sí valdría la pena desentrañar los hilos más hondos que, desde lo teórico, alimentaban el trabajo de los historiadores grecorromanos; así nos podríamos dar cuenta, por ejemplo, de que por encima, o por debajo, de una aparente grandilocuencia heroica con propósitos moralistas, la estructura narrativa de las obras de los antiguos estaba salpicada de consideraciones económicas y etnográficas, lingüísticas y geográficas, filosóficas y estéticas, psicológicas y militares. Había ciertamente un sesgo ideológico que era parte substancial de aquella cultura, claro, pero qué discurso histórico no presenta esa misma circunstancia. Lo que importa es insistir en el punto: más allá de sus limitaciones inevitables, la historiografía de la antigüedad nos regala cosas mejores y más aleccionadoras que el recuento frío de la vida de los héroes y los dioses. Quien lee a Tácito, por mencionar cualquier cosa, no encontrará las premisas de la “larga duración” ni de la historia social, pero acaso las vea implícitas en muchos de los capítulos de la *Germania* e incluso en los más prolijos de los *Anales*, obra cuyo título ya sería todo un anticipo, *Helas!*. Lo mismo podría decirse de la obra de Quinto Curcio Rufo, o de la de Trogo Pompeyo; de la de Amiano Marcelino, o de la de los historiadores de la *Historia Augusta*; de Tito Livio y de Plutarco,

²³ *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Fondo de Cultura de México, México D. F., 1992.

²⁴ Tal era la denominación. Ver el segundo capítulo del libro *Librorum* (Juan Esteban Constaín Croce, Bogotá, Ediciones Rosaristas, 2003).

²⁵ Ver en Juan Esteban Constaín, *op. cit.*

o de Floro el cronista. De Eusebio, de Cornelio Nepote, de Polibio, de Jenofón y de Tucídides. En fin.

El historiador que acá se traduce, Eutropio, resulta importante por varias razones. La primera, porque su obra no es muy conocida, y sin embargo llegó a ser la fuente primordial del trabajo historiográfico durante los siglos VII y IX de la Edad Media —no en vano la continuó el mejor cronista de aquellos días, Pablo el Diácono. La segunda, porque la estructura narrativa de este autor permite intuir, cuando no leer de manera clara, lo que se exponía antes en este mismo artículo: que en la historia de la antigüedad hay que saber leer entre las líneas del discurso oficial, y que quizás así sea más fértil la labor caprichosa de encontrar trazas metodológicas rigurosísimas en el ejercicio de autores cuya importancia se asociaba más con lo anecdótico y lo literario. Eutropio, de hecho, fue eso: un hábil zurcidor de anécdotas, contratado para tal efecto por el emperador Valente, quien después lo rechazó por considerarlo en exceso sarcástico.²⁶ Ahí quedan sus setenta pliegos, sin embargo, que el tiempo quiso conservar para que nos enterásemos de las confusiones políticas y morales que ciñeron el destino de Roma desde sus primeros días. Acaso esa visión pesimista de los acontecimientos, además, fuera otra de las razones por las que el César despreció la obra de Eutropio tras habérsela pagado en rugosas monedas; no hay que olvidar que el gobierno de Valente era de grandes agitaciones sociales, y las cosas no estaban como para patrocinar las muecas de un erudito que señalaba al pasado del Imperio como la causa más verosímil de su presente oprobioso. Sobrevivieron no obstante aquellas biografías escrupulosas redactadas en un estilo brillante (Momigliano lo considera mediocre),²⁷ y con ellas podemos enterarnos de los nombres de los asesinos de Julio César que empuñaron el acero junto a Bruto; podemos saber también la distancia entre Eboraci (hoy York en Inglaterra) y Lutetia (hoy París), y aspectos de la vida cotidiana en las villas que circundaban el glamour trepidante de la capital del mundo. En Eutropio, sabiendo leerlo en sus pliegues, encontramos

²⁶ Arnoldo Momigliano, *op. cit.*

²⁷ *Ibid.*

interesantes reflexiones sobre el oficio del historiador —otro de los rasgos distintivos de la historiografía antigua, en la que no había redacción sin un exordio moral y filosófico que prescribiera la labor de quien escribía las gestas de la cultura—; agudos asertos propios de la filosofía de la historia, y herramientas narrativas, comunes en casi todos los maestros de la época,²⁸ que habrían hecho enorgullecer a Braudel. A él, un poco, están dedicadas estas traducciones, y a todos aquellos que saben que lo importante jamás es fruto de la novedad ni del escándalo.

Traducción

La presente traducción²⁹ se hizo directamente del texto latino de Eutropio que se conserva en un cuerpo de pergamino —*De hystoria italicae provintiae ac romanorum gestarum*, **Eutropi historiographi clarissimi**, Egidio de Gourmont, Lutetia, 1512— de la Biblioteca Antigua del Archivo Histórico de la Universidad del Rosario. He dejado el texto libre sin los acápites editoriales, puesto que así debieron de ir escritos los pliegos de Eutropio que el Emperador Valente rechazó con soberbia.

Id Est:

Adriano tuvo por sucesor a Antonino Fluvio, llamado también El Pío o el Piadoso. Era de una familia ilustre, aunque poco antigua. Fue un gran príncipe y con mucho de razón se lo puede comparar a Numa Pompilio, así como nuestra tradición ha decidido comparar a Trajano con Rómulo. En su vida privada, Antonino fue un hombre profundamente virtuoso; en el ejercicio del poder y en la vida pública, lo fue todavía más. Nunca fue cruel ni violento, y tuvo una bondad permanente y siempre en ristre. No ambicionaba la gloria militar ni quería las conquistas, y prefirió dedicarse a la salvaguardia de las fronteras del Imperio y de la tranquilidad de sus provincias. Para la administración de la República buscó aquellos hombres que habían brillado por su comportamiento virtuoso y por su talante justo; honró a las personas decentes, y desterró a los canallas sin llegar a ser exageradamente severo con ellos. Con

²⁸ No hay que olvidar la periodización: de Hecateo a Procopio.

²⁹ Algunos de cuyos fragmentos ya habían sido publicados en *Librorum* (Constain, *ed. cit.*).

los príncipes aliados del Imperio, logró inspirar una veneración reverencial que se expandió por muchas zonas y que hizo incluso que muchas naciones bárbaras lo buscaran para dirimir sus conflictos. Antes de llegar al trono fue ciertamente rico, pero sus dádivas al ejército y su generosidad con los amigos, disminuyeron notablemente su fortuna. Sin embargo, dejó el erario en un estado boyante y sano. Murió en su ciudad de Lorium, a doce millas de Roma, teniendo 63 años de edad y después de 23 años de haber asumido el poder. Recibió el rango de los dioses, y se puede decir que con total justicia.

Después de Antonino, llega al poder Marco Antonino, proveniente del más noble linaje, puesto que su padre remontaba su origen a Numa Pompilio, y su madre hundía sus raíces en la dinastía de un rey de Salento. Antonino decidió dividir el poder. Fue entonces cuando por primera vez la república romana llegó a tener dos jefes investidos con una igual autoridad legal.

Estos príncipes estuvieron unidos entrañablemente por la sangre y por las alianzas. Antonino se había casado con la esposa de Lucio Antonino, y Marco Antonino pertenecía a la dinastía de Antonino El Piadoso por el lado de su mujer Galeria Faustina “la joven”, que además era su prima. Empezaron la guerra contra los Partos, quienes se sublevaron por primera vez contra Roma después de la victoria de Trajano. Verus Antonino acometió la empresa militar contra ellos. Establecido en Antioquía y posado sobre los confines de la Armenia, logró acuñar un buen número de lauros militares: se apropió de la Celencia, una de las zonas más ilustres de la Asiria, y con ella apresó a cuarenta mil de sus habitantes. Regresó a Roma entonces para celebrar su triunfo contra los partos, y en la capital del Imperio compartió los honores con su hermano, que era también su suegro. Murió en la Venecia (aproximadamente en el 168 d. C) en un viaje que lo llevaba de Concordia a Altino. En este viaje iba también su hermano, que fue testigo de su hemorragia incontenible, generada por esa enfermedad que los griegos llaman apoplejía. Fue un príncipe poco apto para recibir el amor de su pueblo, y sin embargo el respeto que tenía por su hermano lo alejó en muchas ocasiones de la crueldad. Murió en el undécimo año de su reinado y fue elevado al rango de los dioses.

De esa forma Marco Antonino gobernó solo la República, y en él se da el caso de que valen más los elogios y las loas que los reproches. Tuvo desde sus primeros años una impresionante generosidad de alma, y aún siendo un niño

ni la tristeza ni la alegría modificaban su rostro. Afecto a la filosofía estoica, fue un filósofo tanto en sus hábitos cotidianos como en su forma de pensar, y desde muy joven fue merecedor de la admiración de muchos, a tal punto que aun Adriano pensó en él como su sucesor, hecho que no se consumó por la elección que éste ya había hecho de Antonino Pío, aunque logró fraguar para su joven favorito un camino cierto hacia el Imperio.

Recibió la instrucción de varios maestros, y en filosofía fue ilustrado por Apolonio de Calcedonia, mientras que en la literatura griega recibió aleccionamiento de Sexto de Queronea, nieto de Plutarco. En las letras latinas, Frontón, el más célebre de los oradores de aquél tiempo, contribuyó en su forja. Vivía en Roma de la manera más discreta, equiparado al resto de los ciudadanos; nunca ejerció la fatuidad que le garantizaba su rango, y su generosidad no tuvo límite. Bajo su reinado el Imperio alcanzó a tener algún éxito contra los germanos; dirigió personalmente la guerra contra los marcomanos, guerra terrible que ha sido una de las peores de nuestra historia y que sólo podría equipararse con las guerras púnicas. De hecho, fue una tragedia que el Imperio entrara en esta conflagración, y ella produjo que la peste cundiera por doquier diezmando de manera implacable a la población tanto de Roma como de Italia.

Fue entonces que a golpe de esfuerzos y de paciencia, y después de tres años de haber conservado las fuerzas justo en las murallas de Carnuto, terminó la guerra contra los marcomanos, que en su revuelta habían arrastrado consigo a los vándalos, a los sármatas, y a los suevos. Fue así como este Rey derrotó a millares de sus enemigos, y logró también redimir de la servidumbre a la Panonia; con el deber cumplido en sus alforjas, regresó a Roma donde celebró por segunda vez con Cómodo Antonino, quien ya había sido nombrado también César. Las consecuencias de esta guerra atroz habían expoliado el tesoro público, hecho que determinó que no se pudiese extender una bonificación a los ejércitos, y que tampoco se pudiesen crear nuevos impuestos para las provincias distantes. Se tuvo que organizar una venta pública, en el foro de Trajano, de varias de las reliquias más valiosas del Estado, entre las que se encontraban varios vasos de oro, vasijas de cristal y telas de seda; se dice incluso, que el Emperador y su esposa tuvieron que salir de algunos de sus objetos más caros. Esta venta pública se extendió por dos meses y produjo ingentes riquezas.

Permitió a los más ilustres ciudadanos exhibir en sus festividades el lujo que le era inherente. El fasto de los juegos que se organizaron para celebrar su triunfo fue tal, que se dice que hizo salir a cien leones a la vez. Después de haber logrado por sus méritos y su bondad el bienestar del Estado, murió en el décimo octavo año de su reinado y a los 61 años de edad. Fue voluntad de todos que se le diera la dignidad de un dios.

Lucio Antonino Cómodo, su sucesor no se parecía en absoluto a su papá, o por lo menos sólo se le aproximó en que ambos hicieron la guerra contra los germanos. Quería que el mes de septiembre llevase su nombre, y por tal razón lo hizo llamar Cómodo. Proclive a la lujuria y al desenfreno, no fueron pocas las veces en las que se enfrentó a los gladiadores, a veces en salas privadas y a veces hasta en el mismo anfiteatro. Murió súbitamente, y los rumores hicieron pensar que se trató de un estrangulamiento o de un envenenamiento. Había reinado, después de su padre, doce años y ocho meses. Fue a tal extremo execrable, que después de su muerte fue declarado enemigo del género humano.

Después de Cómodo viene Pertinaz, quien se encontraba ya viejo y que asumió el poder en su condición septuagenaria. Se desempeñaba como prefecto de la ciudad, cuando un Senado-consulta lo hizo Emperador inopinadamente. Murió después de 24 días de mandato, y a manos de una sedición de soldados pretorianos; el propio Juliano, según se dice, lo mató.

Es este Juliano el que asume el poder después. De una familia noble y con conocimientos notables en el derecho; fue el nieto de aquel Salvio Juliano que escribió, bajo el divino Adriano, el Edicto Perpetuo. Vencido por Severo en el Puente de Mulvius, fue asesinado en su palacio. Su reinado apenas duró siete meses.